

## San Pedro de Alcántara, protector de la ciudad

Quien nos visita en los fines de semana puede observar que muy cerca de una de las puertas por donde se adentra a la ciudad monumental, observa y ve, nada más entrar en la Plaza de Santa María, en una de sus esquinas, la figura de un monje franciscano de nombre «Pedro de Alcántara», talla de bronce realizada en los talleres de otro extremeño, Pérez Comendador. Persona que refleja en el rostro de tan sencillo fraile, su misma cara.

Este recoleto y humilde franciscano ha de llevar a Cáceres, junto a santa María, bajo la advocación de Nuestra Señora la Virgen de Guadalupe a ser los Copatronos de Extremadura. Pero el tema que hoy nos ocupa es la persona de este frailecillo que se retira a un convento cercano a la capital de la Alta Extremadura a meditar y el significado de protección que da a la ciudad de Cáceres en sí. La identidad de su persona está reflejada en cada uno de los habitantes que por su lado pasan día tras día, acercándose tanto a él que sus pies brillan, de color bronce viejo, por oro de luz de llama viva de la fe. La austeridad de su persona y su humildad son dignos calificativos que transforman a través de los tiempos, fe y vida, calidad y propagación de la fe, valentía y orgullo ante su sociedad, afán de aventura como descubridores de otras tierras americanas. Pero su imagen queda fija, observante, en lo bueno de los acontecimientos que por sus costados pasa. Lo malo ha de sufrirlo en esas frías noches de esos fines de semana de mal olor y droga, de la juventud libre que la sociedad requiere. Oración y trabajo y su retiro apartado de nuestras calles y conventos por donde él pasa, que hace posible esa transmisión de bienes que hacen perfecto y sencillo al cace-

reño sin llegar a serlo por lo condicionado que está a su propia forma de ser y de existir, de la misma forma que va a su retiro al Palancar a realizar estas dos grandes obras de Dios, orar y trabajar; condicionamientos para el lugareño, para su formación espiritual y humana de esos poderes existentes en tan humilde persona que han de transferirse al acomodado y al menos acomodado. Preferente protector del ciudadano más humilde pero dando ejemplo a los más fuertes, transmisores entonces del poder social, espiritual y humano. Los acontecimientos históricos de nuestra bimilenaria villa y el contorno hacen que la figura de este franciscano sea seguida por su ejemplo. Cáceres ha sido y es enseñanza a través de la Comunidad de franciscanos y franciscanas que han pasado y pasan en el hoy y en ayer de Cáceres.

Siete años después de su nacimiento se habían abatido para siempre, ante el poder cristiano de los Reyes Católicos, las almenas moras y posiblemente el desmoche de las torres almenadas de ilustres cacereños a las órdenes de la Reina Católica.

De igual forma que Cristóbal Colón puso sus pies en islas vírgenes de un Continente nuevo que anuncian «per se» grandes proezas, al ser éste uno de los más significados hechos de mayor gloria y honor de la Humanidad después del nacimiento de Jesús de Nazaret.

En 1499, en Gante, un emperador habla de solicitar con mal resultado, negativo diría yo, el nombramiento de la Dirección Espiritual del humilde franciscano extremeño.

La vida de Pedro de Alcántara en el marco histórico-ambiental que le rodea no es ni sencilla ni vulgar, es única; lo espiritual de su persona ha de unirse con la gratitud del Altísimo obrando acontecimientos maravillosos en un ser que pertenece a nuestro linaje y naturaleza. Se le considera como «Insigne Penitente» y «Santo de Valentía» e imitarle en su vida contemplativa ha de ser sus gestos y actos más acostumbrados, incluyendo la «contemplación, mortificación, vida en común y oración». Sucederá esto y lo veremos en su ceño si lo miramos cara a cara.

No debe asustarnos su talla extraordinaria, por su altura; acercándonos a él, nos llenaremos profundamente de su perfección. Su corpulencia y su actitud atlética han dado por nombrarlo en infinidad de ocasiones como «Atleta del Cielo», sabiendo vencer y luchar en tantas batallas espirituales.

Podemos ver cómo fija sus ojos; observadlos, ciegos al mundo, penetrados de celestial claridad y hermosura. La «humildad» es una de sus mayores distinciones, siendo siempre fraile distinguido por sus oficios y menesteres, realizando los oficios de: sacristán, portero, refilero, despensero y enfermero. No desempeñando con la obediencia de un ser bueno sino con la alegría de los muy perfectos. Haciéndolo todo, lo hace bien. En tan inmensa portería y encontrándose con mendigos y necesitados, los recibirá no con enfado, los ha de considerar como si de grandes nobles fueran, siendo estos hermanos redimidos a la figura de un ser como único Redentor.

Otras de las características de este portero celestial en cuanto a la orden que profesa es «la pobreza», que juntamente con su sentido de retiro espiritual es la base de su vida mística y máxima cuando va buscando las cruces de todos aquellos que le siguen y tan inmensa portería habrá de parecerse al *Viacrucis*. Santa María ha de convertirse, en el día a día de la ciudad amurallada, en un convento para una efigie. Su «soledad» es notoria hasta que en los días festivos aquellos que llegan de fuera encontrarán en Pedro de Alcántara a un interlocutor social que ha de reunirlos a su alrededor para explicarles los acontecimientos y sucesos diarios de esta villa, sus antiguos nobles y sus jóvenes liberales serán sus protectores y los guardará como algo suyo.

Llenará los corazones de cuantos nos visitan de esa «paz espiritual» que es necesaria para vivir sencillamente en «paz», pero siempre teniendo en cuenta que ha de ser a través de la realización de ese «bien» que todo cristiano quiere para sí y para lo demás convertido en «luz y gula» de todos los que le rodean.

Quien ha pasado por la delantera de esa gran esquina te ha llamado Portento, Monstruo, Coloso y Gigante; sus pies descalzos y sin ropa interior, cubriendo sus carnes con un hábito de sayal y un mantillo encima.

Pedro de Alcántara hizo de su vida un entretenimiento para dar el salto definitivo por conquistar el Cielo, defendido y armado siempre por la Gracia, Caridad y la Oración. Siendo su Orden de carácter misionero y acogiendo al mandato del Señor de «id y predicad», consume su vida en la predicación de la Verdad y en la dirección de las almas.

Recuerdo en estos momentos una de sus consignas para la juventud que ha de obrar para hacer milagros: «Aprended de mí, que he venido al mundo».

Sería necesaria tu presencia, en estos nuestros días, y comunicarle a nuestros jóvenes modernos con aquellas frases llenas de amor y de fervor: «Escuchadme, fructificad como el rosal plantado a orillas del arroyo. Esparcid el olor perfumado como sus rosas. Adornaos con flores de virtudes y bendecid al Señor en sus maravillas». Amigos lectores, con qué humildad y claridad se dirige a la juventud, no caben mayores pruebas de su cariño hacia esta nuestra juventud de hoy y de siempre.

Con el tiempo, aquel paraje pedregoso, abrupto, revestido de jarales y brezos, su recreo se extiende a un naranjal. Cuán lugar selvático y solitario, de igual forma que aprovechó un hueco de escalera para celda personal con su almohada de tronco y cama de piedra en la que descansaba una hora al día. Hoy día aquel convento del Palancar se ha convertido en plazoleta de duro rollo y muros de firmes piedras y como descanso una peana donde apoyas todo tu cuerpo con esos pies descalzos. Observante y vigilante, has de proteger y aconsejar a tan ilustres personas, al pastor de nuestra Iglesia, a su cabildo catedralicio y a esas autoridades civiles, con residencia en la Diputación Provincial cacereña, que se acogen a tu protección bajo la devoción de tu nombre.

JUAN ANTONIO FAJARDO FERNÁNDEZ

## Dos imágenes desconocidas de San Pedro de Alcántara

En la casa parroquial de la localidad cacereña de Berzocana se conserva una talla popular de san Pedro de Alcántara con la calavera en la mano izquierda, poco usual es su representación así en escultura, aunque sí existen ejemplos de mostrar así al santo en pintura, por ejemplo, el óleo sobre lienzo existente en el monasterio de Cuacos de Yuste.

Variadas son las representaciones del santo, que responden a los objetivos del programa religioso. En estas dos obras que presentamos, el santo está con los caracteres más señalados de su vida, como asceta y en oración. Ambas esculturas responden a la época barroca, momento en el que se tiende a mostrarlo en éxtasis. Es común a los santos ascéticos la aparición de unas disciplinas con las que mortificaban su carne, tal es el caso de la presencia de la calavera en la obra de Berzocana, elemento habitual en los conventos, especialmente en las celdas y aún en el comedor.

Se nos muestra en esta peculiar e inédita obra de Berzocana (59 cm alto), conforme a los aspectos característicos de la iconografía del santo, de buena estatura, la cabeza descubierta —como señala su primera biografía, santa Teresa de Ávila—, grande en proporción algo mayor que el cuerpo, calvo, color pálido, los pies desnudos, vestido con el hábito propio de los Descalzos, con manto corto y capillo, atado con cingulo y que cae en abundantes pliegues.

Esta obra necesita ser sometida a un proceso de restauración, pues se trata de una talla peculiar y original de san Pedro de Alcántara del siglo xvii.